

**A LA LUZ DEL ALUD DE LA LUZ DE LE CORBUSIER**

**Sobre Le Corbusier**

PUBLICADO EN

Minerva. Ed. Círculo de Bellas Artes. Madrid, 2006

Pensar con las manos. Ed. Nobuko. Buenos Aires, 2009

## A LA LUZ DEL ALUD DE LA LUZ DE LE CORBUSIER

Sobre Le Corbusier

Termino este texto sobre la Luz en Le Corbusier en Manhattan-Kansas, tratando de ser breve por aquello de que “lo bueno si breve, dos veces bueno”, o como dicen por aquí tengo el ice-cream en el coche y no puedo retrasarme.

En Le Corbusier la Luz siempre fue tema central. Como no podía ser menos. Pues la Luz es el tema central de la arquitectura. Un arquitecto ya no puede hablar de la Luz sin citar a Le Corbusier. Ni un arquitecto puede trabajar con la luz sin estudiar a fondo los milagros que con el más rico material que usamos, ha hecho Le Corbusier. Cuando una y otra vez insisto que “la arquitectura sin luz no es nada”, no hago más que mirarme en Le Corbusier. Y cuando añado que “la luz construye el tiempo”, no hago más que difundir lo que he aprendido de Le Corbusier.

Y quiero traer aquí a colación unos dibujos de Le Corbusier que son todavía más expresivos que sus palabras en torno a la Luz. Los dibujos que hiciera del Panteón de Roma, de Santa Sofía de Constantinopla y de su capilla de Ronchamp. Dos lecciones tomadas y una dada por el maestro sobre la Luz de las que todavía seguimos aprendiendo.

El Panteón de Roma donde el cañón de luz que atraviesa su gran óculo de 9,5 metros de diámetro y 3 metros de espesor barre con su luminosidad aquel espacio esférico infinito.

Santa Sofía, donde la luz directa del sol que entra por sus altísimas ventanas batalla con la no menos intensa luz reflejada en las profundas jambas de esos mismos huecos de manera que parece como imposible ese batirse de espadas de LUZ cruzadas que pone en tensión a los asombrados espectadores.

El gran muro de Ronchamp, donde a base de cascotes, Le Corbusier levanta un paramento desafortadamente grueso para poder excavar en él una colección de profundas troneras con las que atrapar la luz de manera genial y teñirla de colores y llenarla de letras y de flores para hacer divino aquel espacio. Hueco a hueco mide y decide profundidad y tamaño y forma y color, hasta conseguir poner en pie ese milagroso poema de luz.

Una vez escribí que podíamos imaginar que un día el sol no saliera, o que hubiera un prolongado eclipse.

El Panteón se quedaría mudo y triste y oscuro esperando la luz que ya no llega. Y se resignaría a esperar a la luna, que, con la luz del sol reflejada, consolaría al aire de su espacio como siguiendo el guion de aquel maravilloso cuento de Henry James donde se describe la tremenda escena del conde Valerio arrodillado en el interior del templo romano, iluminado por solo la luz de la luna, puesta en vibración por las gotas de la lluvia. Fascinante.

Santa Sofía no saldría de su asombro esperando el alud de luz que de tantas maneras allí entra cada día. Y no acabaría de entender ella, tan clara y tan sabia, lo que podría estar pasando.

Y Ronchamp se moriría de pena. Con sus colores apagados, sus palabras suspendidas y sus flores marchitas: tan nada es sin luz aquel muro que lo es todo iluminado.

Y escribí todo esto para resaltar que sin luz no es posible la arquitectura. Y yo no sé si mis dibujos de Le Corbusier se acabarían disolviendo sin la luz o quedarían como imborrables testigos de la proclamación que el maestro hace de la luz como el material, el tema central de la arquitectura. Cómo podríamos no hablar de la luz cuando hablamos de Le Corbusier. Y cómo podría no hablar Le Corbusier también de la luz en su “poema del ángulo recto”. En ese bellissimo “poema del ángulo recto” que da ocasión a la exposición que actualmente está en el Círculo de Bellas Artes de Madrid las palabras con más intensidad repetidas son las que hacen referencia a la luz. La edición maravillosa del libro de Le Corbusier que ha hecho el Círculo de Bellas Artes es un regalo inesperado. Juan Miguel Hernández León, como presidente de la institución, y Juan Calatrava, como su factotum, pueden estar orgullosos.

Y aunque el texto del “Poema del ángulo recto” de Le Corbusier fuera ya traducido al castellano en el año 2003 por Andrea Ortega con ocasión de su provocativa tesis doctoral que hiciera en la ETS de Arquitectura de Barcelona, de la UPC, me quedo con esta versión del 2006.

Y es que siempre el traducir, el dar a la luz de las palabras un texto para llegar a iluminar a las gentes, ha sido siempre una cuestión clave de la cultura. Cervantes hizo traducir a Shelton al inglés su Don Quijote de la Mancha pocos años después de escribirlo. Esto es universalidad y cabeza clara. Homero tardó un poco más, pues fue Chapman, un poco después de que lo hiciera Shelton con Cervantes, quien tradujo los textos homéricos. Y lo hizo tan bien, que, pasados unos cientos de años, Keats le dedica un poema a Chapman por tamaña epopeya.

Y Mújica Laínez, tradujo algunos de los sonetos de Shakespeare con un castellano bellissimo que les recomiendo, y el griego maravilloso de Kavafis es vertido al inglés por Elliot, y al francés por La Yourcenair. Y Vargas Llosa dice que esos poemas son tan hermosos, que resisten a cualquier traducción.